

UN LUJO DE MADRID A LA INTEMPERIE

La Banda Municipal y el escenario de sus conciertos

LAS PEORES CONDICIONES AUDITIVAS DEL MUNDO, PARA EL MEJOR CONJUNTO INSTRUMENTAL. ¿HASTA CUANDO?

Por ANTONIO FERNANDEZ-CID

Este año se ha roto la particular tradición: no me ha sido posible acudir al primer concierto de la Banda Municipal en el Retiro. Deberes críticos impidieron esa muestra de adhesión muy sincera que siempre rindo a unos profesores que son gala del Madrid popular en su aspecto musical. Pero el comienzo de la serie matinal del Retiro, tanto como 'un «placet» sonoro al triunfo de la primavera, es noticia y el comentario no puede faltar.

Muchas veces resulta constructiva la expresión cruda que deja al descubierto los defectos que, si no se remedian, pueden llegar a hundir, o limitar gravemente al menos, la eficacia de una campaña. En realidad, sobrarían las palabras. Que el lector detenga su vista unos instantes en la fotografía, verdadero centro, gráfica expresión del «leit motiv» de este artículo. Refleja la parte posterior del quiosco de la Banda, mientras se desarrolla el concierto. En este momento, poco antes del descanso, se interpretan los «Pinos de Roma», de Respighi. Supongo el cuidadoso entusiasmo desplegado por el maestro Victorino Echevarría, en su preparación, la serie de matices y planos ordenados, para que la obra, en la versión de banda, conserve la riqueza instrumental, la frescura y variedad en el color que le son peculiares. ¿Qué se habrá oído en el Retiro de todo ello? ¿Es que la concentración de chiquillos que juegan a espaldas del quiosco se ha buscado para que los «Pinos de la Villa Borghese», el número que nos describe los gritos y risas infantiles en la Roma eterna, tengan contrapunto en estos floridos árboles rectores de la sombra y la luz mientras corretea la menuda grey madrileña? No; se trata de una pura coincidencia, bien puede asegurarse... Porque en los «Pinos de las Catacumbas», seguirá la algarabía, y en los poéticos del «Gianicolo», el dulce trino del ruiseñor se verá sepultado por las gangosas llamadas del altavoz que transmite órdenes en el estanque próximo. Luego, por fin, la Banda impondrá su mandato: en los «Pinos de la Via Apia», cuando los ejércitos se acerquen, a medida que el regulador y la progresión paulatina conduzcan hasta el fortísimo, empezarán a oírse, con más y más claridad, los marciales acentos del número con menor atractivo musical y más «gancho» multitudinario. Y hasta es posible que entonces algunos pequeños interrumpgan su carrera y se acerquen a ver cómo se producen el timbalero, el titular de los platillos, o, en una rápida vuelta al semicírculo, cómo el maestro se entrega en el gesto físico adecuado a tanta plenitud.

En serio: ¿Qué pena! He sido muchos años «cliente» de las sillas que rodean el círculo en que se concentran los mejores músicos de Madrid. En los tiempos gloriosos del pequeño gran maestro Villa; en el breve mandato de Pablo Sorozábal, también aureolado por la

popularidad más envidiable. Luego, ya esporádicamente, no falté alguna vez a los programas regidos por Martín Domingo, institución castiza de permanente lealtad a la Banda; por López Varela, sabio de la adaptación y la transcripción de las más intrincadas partituras; del inolvidable Jesús Arámbarrí, muerto casi en acto de servicio, con el suyo de un concierto estival forzosamente interrumpido por el ataque de trágico desenlace horas más tarde. Siempre, antes y después, niño, adolescente, joven, maduro; aficionado y crítico, he sentido por la Banda una gran admiración y un enorme respeto; ante sus «circunstancias», una lástima y una irritación cada vez mayores.

No es el momento de polemizar sobre algo tan debatido como la condición de sucedáneo que, con respecto al conjunto sinfónico ideal para el que concibieron sus obras todos los grandes músicos, tienen las bandas. Tampoco parece necesario defender su continuidad, como punto de partida para la formación de una cultura musical, como estímulo de aficiones, sostén de melómanos económicamente débiles y alegre vehículo, en la calle, de lo que más tarde, ya convenci-

dos, buscarán muchos en el concierto. Si a todo ello, genérico, se une en el caso de la Banda Municipal su hoja madrileña de servicios, su eficacísima tarea en más de cincuenta años, su condición de instrumento excepcional, de calidad incomparable, nos situaremos en el debido punto para dar a la entidad el rango que merece.

Si Madrid sostiene en sus fuertes espaldas municipales un conjunto de cerca de noventa profesores entre los que —no se olvide— están firmes pilares de las mejores orquestas, Nacional incluida; si las oposiciones para ingreso en las filas de la Corporación resultan de la máxima dureza; si entre el pasadoble pinturero y la fantasía pimpante de zarzuela se ofrecen poemas, oberturas, sinfonías, «suites» de la más alta calidad sinfónica; si Mozart, Beethoven, Schumann, alternan con Bartók, Ravel y Stravinsky, con Albéniz, Falla, y, ¿por qué no?, Chueca, ¿no es absurdo que tanto esfuerzo cuidadoso haya de perderse en el recinto atacado muchas mañanas por un sol de justicia, todas ellas por niños que viven su vida «tatas» que animan la suya en los brazos —o del brazo— de militares sin graduación, curiosos que charlan por los codos y todo tipo de enemigos públicos del silencio y la mínima comodidad, incluido el polvo «quasi» africano? ¿No lo resulta que el sonido, al no recogerse por una concha acústica, se disperse; que, en todos los pianísimos, casi todos los pianos, y hasta bastantes «mezzofortes» podamos contemplar cómo la Banda está tocando, pero no disfrutar con lo que toca?

Empezó la Banda Municipal su nuevo glorioso calvario de conciertos en las peores condiciones acústicas del mundo. Ella, su ilustre director, Victorino Echevarría, bien merecen que informemos de la noticia que sería gozosa, que lo será sólo cuando podamos añadir que los conciertos se celebran ya con las mínimas garantías de que se escucharán sin peligro el ruido, el polvo, la insolación... Todo lo que hoy multiplica el mérito de los miles de asistentes a los conciertos del Retiro; que, con su presencia, actualizan la frase del «chíncha» de otras épocas:

—¡Es mucha banda la Banda Municipal de Madrid!

Ayuntamiento de Madrid

